

Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S. I. Catedral de Zamora

ESCUCHA A DIOS Y RESPÓNDELE

(45 Meditaciones bíblicas)

*Bienaventurados los que oyen la
palabra de Dios y la ponen en prác-
tica (Lc. 3,31)*

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 Sevilla

ISBN: 84-7770-237-3
Depósito Legal: B-41283-94
Impreso en España por
Bigsa Industria Gráfica

PRESENTACIÓN

La Sagrada Escritura contiene y es la palabra de Dios y por tanto al leerla, en ella Dios nos habla y deber nuestro es escucharle. «Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la ponen en práctica» (Lc. 3,31).

San Agustín, San Ambrosio y últimamente el Concilio Vaticano II nos dicen: «Cuando tu lees la Biblia, Dios te habla, y cuando oras, tu hablas a Dios» (DV. 25).

Cuando leemos, pues, los Libros Santos, Dios nos habla en ellos, y deber nuestro es responderle, y le respondemos, si cumplimos sus mandamientos y ponemos en práctica cuanto nos dice, ya pidiéndole perdón por nuestros pecados cuando nos invita a penitencia, ya dándole gracias por tantos beneficios recibidos o bien pidiéndole las que nosotros necesitamos.

Estas meditaciones o reflexiones bíblicas tienen como fin hacernos ver el conte-

*nido de la palabra de Dios y enseñarnos
cómo hemos de proceder en nuestro obrar.*

Benjamín MARTÍN SÁNCHEZ

Zamora, 16 julio 1994

MEDITACIONES BÍBLICAS

1. Dios nos ha señalado un fin

«Dios creó al hombre formándole de la tierra, y de nuevo le hará volver a ella. Le señaló un número contado de días y le dio dominio sobre las cosas que hay en la tierra. Le vistió de fortaleza a él convenientemente y le hizo según su propia imagen. Hízole temibles todos los animales y sometió a su imperio las bestias y las aves.

Le dio capacidad de elección, lengua, ojos, oídos y corazón para entender. Llenóle de ciencia e inteligencia y le dio a conocer el bien y el mal. Iluminó su corazón para mostrarle la grandeza de sus obras con el fin de que alabara su santo nombre y pregonara la grandeza de sus obras... y les dijo: Guardaos de toda iniquidad» (Eclo. 17,1-11).

Reflexión

Dios nos ha señalado un número contado de días. Son, pues, pocos los años que vamos a vivir sobre la tierra. Dios nos ha dado ojos para que veamos la grandeza de sus obras: el sol, la luna, las estrellas y la tierra con sus mares y adornos, y para que viendo tan grandes y admirables obras le alabemos y no pequemos, por cuanto nos dice: «Guardaos de toda iniquidad».

Nuestra dicha, nuestro último fin no está en las cosas de la tierra. No puedes saciarte con ningún bien temporal, porque no has sido creado para lo caduco. Las criaturas son de Dios... No son Dios... son para Dios. Las criaturas no son, por tanto, mi fin, sino medio para que me ayuden a conseguirlo.

No hay otro bien con que la criatura racional e intelectual pueda ser enteramente feliz, sino Dios. San Agustín dirá: «Nos hiciste, Señor, para ti e inquieto está nuestro corazón mientras no descansen en Ti».

Dios nos ha creado para que viendo sus obras le conozcamos, le amemos y le alabemos aquí en la tierra, y después gocemos de su presencia en el cielo. Este es el único camino para lograr la verdadera felicidad.

2. Somos futuros ciudadanos del cielo

«Muchos son los que se conducen como enemigos de la cruz de Cristo, cuyo fin es la perdición, cuyo dios es el vientre y cuya gloria el deshonor. Estos son los que tienen su pensamiento puesto en las cosas de la tierra.

Nuestra ciudadanía, en cambio, está en el cielo, de donde esperamos un Salvador, el Señor Jesucristo, que transformará el cuerpo de nuestra humillación, conforme a su cuerpo glorioso, según el poder que Él tiene de someter a sí todas las cosas» (Fil. 3,18-21).

«Sabemos, en efecto, que si nuestra casa terrena, que es una tienda (es decir, nuestro cuerpo) se deshace, nosotros tenemos un edificio que es obra de Dios, una morada eterna que no ha sido construida por la mano del hombre, y que está en el cielo. Y en verdad mientras estamos en esta tienda (actual cuerpo) gemimos anhelando sobrevestirnos de nuestra celestial mansión.

Nosotros estamos llenos de confianza sabiendo que mientras vivimos en el cuerpo somos peregrinos lejos del Señor porque caminamos por la fe y no por visión. Sin

embargo confiamos y nos complacemos mucho más en salir de este cuerpo, para poner nuestra morada (para vivir) junto al Señor» (2 Cor. 5,1 ss).

Reflexión

«Somos peregrinos», «no tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna» (Heb. 13,14). Nuestro fin no es el de los mundanos, «cuyo dios es el vientre» (Fil. 3,19), «comamos y bebamos que mañana moriremos» (Is. 22,13). No esperan en el más allá.

Estos son los que tienen puesto su pensamiento en las cosas de la tierra. San J. Crisóstomo comenta: Los que tienen su pensamiento y sabor por las cosas de la tierra son los que dicen: «Edifiquemos casas. ¿Dónde? En la tierra. Compremos campos. ¿Dónde? De nuevo dicen: en la tierra. Alcancemos el imperio, busquemos la gloria, adquiramos riquezas... ¿Dónde? Todo en la tierra».

Nuestra ciudadanía está, en cambio, en el cielo. El verdadero cristiano es futuro ciudadano del cielo, y vive con la esperanza de habitar en él... «como huéspedes y

peregrinos debemos morar interinamente acá abajo» (S. Cipriano).

San Pablo dice: Nuestro cuerpo es llamado una «casa» y una «tienda» con relación al alma que lo habita. Un día será destruido por la muerte, pues es móvil e inestable como las tiendas del desierto que se lleva consigo según se va peregrinando...; mas nos espera una mansión eterna: el cielo.

En consecuencia: Dios nos ha creado para conocerle, amarle y servirle en esta vida, y después gozar con Él en el cielo.

3. Vivamos con la esperanza del más allá

«Si el vivir en el cuerpo significa para mi, fruto de apostolado, ahora no sé que cosa preferir. Estoy preso, en efecto, entre dos cosas: teniendo el deseo de morir y estar con Cristo, porque es mucho mejor; mas el permanecer en el cuerpo es más necesario para vosotros. Y persuadido de esto, tengo la certidumbre de que quedaré y permaneceré con todos vosotros, para el progreso y la alegría de vuestra fe (Fil. 1,22-25).

Para mi el vivir es Cristo y el morir una ganancia» (Fil. 1,21).

Reflexión

San Pablo se nos presenta como modelo al que debemos imitar. Él trabaja sin descanso en el apostolado cristiano, y si bien su deseo es morir para ir al cielo y estar con Cristo, el considerar que es más necesario por el bien de los filipenses permanecer en el cuerpo, lo hace gustoso para el progreso y la alegría de su fe.

El apóstol dice: «Mi vivir es Cristo». Cristo es el centro de su vida, al igual que nosotros decimos: Mi vida es el trabajo, mi vida es la oración, así él dice que su vida es Cristo. Sin Cristo no tendría para él valor alguno.

San Pablo reconoce le es útil vivir para que muchos se conviertan a Cristo y se salven, y si el morir era para él una ganancia, de estas dos cosas desea una ardientemente y sufre la otra por amor a sus hermanos, como dice Santo Tomás.

Tengamos presente esta lección del apóstol: trabajemos sin cesar haciendo el apostolado del bien a todos sin perder de vista que nuestra felicidad completa es morir santamente para ir al cielo y estar con Cristo glorioso, fuente de toda dicha.

4. Conozcamos a Dios, nuestro último fin

Todos podemos conocer a Dios por la razón humana y por la revelación o Sagrada Escritura. En ésta leemos:

«Vanos son por naturaleza todos los hombres que carecen del conocimiento de Dios, y por los bienes que disfrutan no alcanzan a conocer al que es fuente de ellos, y por la consideración de las obras no conocieron al Artífice... Porque si pueden alcanzar tanta ciencia y son capaces de investigar el universo, ¿cómo no conocen más fácilmente al Señor de él? »(Sab. 13,1-9).

«Desde la creación del mundo lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad, son conocidos mediante las criaturas. De manera que son inexcusables, por cuanto conociendo a Dios, no le glorificaron como a Dios... y alardeando de sabios si hicieron necios» (Rom. 1,18-25).

Todo nos habla de Dios: «Alzad a los cielos vuestros ojos y mirad. ¿Quién los creó?» (Is. 40,21). «Toda casa ha sido fabricada por alguno, pero el Hacedor de todas las cosas es Dios» (Heb. 3, 4).

«Los cielos pregonan la gloria de Dios

y el firmamento las obras de sus manos»
(Sal. 19,2).

Reflexión

No hay duda que por todas las cosas que vemos en el mundo, conocemos a un ser superior que las ha hecho, y este ser es Dios, pues todas ellas nos hablan de Él: «Pregunta, dice Job, a las bestias y te instruirán, a las aves del cielo y te lo comunicarán, a los reptiles de la tierra y te enseñarán y te lo harán saber los peces del mar. ¿Quién no ve en todo esto que es la mano de Dios quien lo hace, de Dios que es el Dueño de todo viviente y el espíritu de todos los hombres? (Job. 12, 7-10).

Sólo Dios es el que existe por si mismo. Como dijo a Moisés en la zarza encendida: «YO SOY, Yahvé, el que es». Yo soy por esencia, y todos los demás seres reciben el que tienen de Dios. Y este Dios, Ser infinito y fuente de todo bien y que ha puesto en nuestro corazón ansias infinitas de felicidad es el que puede colmarlas y sólo Él, Dios infinito y eterno es nuestro último fin al que debemos aspirar.

5. Glorifiquemos a Dios

Un día preguntó un joven a Jesucristo: ¿Qué tengo que hacer para alcanzar la vida eterna, o sea, para lograr el cielo? Y Jesucristo le contestó: Si quieres alcanzar la vida eterna, guarda los mandamientos. Díjole él: ¿Cuáles? Jesús respondió: No matarás, no cometerás adulterio, no hurtarás, no levantarás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre y amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mt. 19, 16-19).

Y el Eclesiastés nos dice: Teme a Dios y guarda sus mandamientos. Esto es el hombre todo» (12,13), es decir, esta es la razón de ser del hombre y para esto ha sido creado «para guardar sus mandamientos»: para que le alabemos, viendo la grandeza de sus obras» (Eclo. 17 , 3ss).

Reflexión

Es evidente que Dios nos ha creado primariamente para que le alabemos, o sea, para glorificarle, para conocerle, para amarle y servirle, para hacer su voluntad guardando sus mandamientos, y todo esto es una

misma cosa, pues glorificar a Dios es conocerle y si quiere que le conozcamos es para amarle. Y «mediante esto, como decía San Ignacio, salvarnos». Y ¿quién ama a Dios? El que guarda sus mandamientos (Jn. 14, 15).

Nuestro fin se reduce a Glorificar a Dios, cumpliendo sus mandamientos. Alguno dirá: Si Dios es eternamente feliz y no necesita de nuestra alabanza, ¿para qué glorificarle? Es necesario saber que glorificar a Dios es conocerle, amarle y alabarle por sus infinitas perfecciones. Dios ciertamente es eternamente feliz y si quiere que le glorifiquemos es, como dijeron San Juan Crisóstomo y San Agustín, para nuestro bien ya que Él no lo necesita. La Gloria de Dios es gloria nuestra. No crece Dios con nuestras alabanzas, ni se hace mejor porque le alabes, ni peor si lo vituperas o blasfemas. Tu alabándole te haces mejor, y blasfemándole te haces peor. Él sigue siendo el mismo.

El salmista nos exhorta a alabar a Dios: «Alabad al Señor todas las gentes, alabadle todos los pueblos, pues su misericordia se ha confirmado sobre nosotros y la fidelidad de Yahvé permanece para siempre» (Sal. 117).

6. Dios nos ama, y ¿cómo debemos amarle?

Todo el Evangelio nos pregona cuan misericordioso es Dios con nosotros, especialmente lo que más nos rebela su grande amor es la Pasión de Cristo. «Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo único para que todos los que crean en Él no perezcan, sino que tengan la vida eterna (Jn. 3,16). Lo que más hace brillar el amor de Dios hacia nosotros es que entonces cuando éramos pecadores fue cuando Cristo murió por nosotros» (Rom. 5, 8).

La Pasión de Cristo nos revela también cuanto amaba Cristo al hombre: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Jn. 15, 13).

«Cristo murió por los impíos. En verdad, apenas habrá quien muera por un justo..., pero Dios probó su amor hacia nosotros en que, siendo pecadores, murió Cristo por nosotros» (Rom. 5, 6-9). «Me amó y se entregó a la muerte por mí» (Gál. 2, 20).

Reflexión

Si Dios nos ama, nuestro deber es corresponder a su amor. EL amor de los hombres a Dios consiste en cumplir la voluntad de Dios, pues «no todo el que dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que cumple la voluntad de mi Padre que está en el cielo» (Mt. 7, 21).

Si Cristo murió por nosotros, también nosotros hemos de morir al pecado y corresponder a su amor, como Él quiere: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el más grande y primer mandamiento... (Mt. 22, 37).

«Cada uno, dice San Agustín, es lo que es su amor. ¿Amas la tierra? Eres tierra. ¿Amas a Dios? Serás Dios... Amando a Dios, asciendes; amando al siglo te hundes. Todo amor o sube o baja; con el buen amor subimos a Dios, con el mal amor caemos en el despeñadero. El amor del mundo contamina; el amor al autor del mundo purifica el alma».

«Antes que existieras, Dios pensó en ti; pues si no pensara en ti, no hubieras existido, y ahora que existes, no se olvida de ti».

No te olvides, pues, ahora tu de Él. Ámale como Él te dice.

7. Amor al prójimo

Amar al prójimo es amar a Dios... «El segundo mandamiento es semejante al primero: Amarás al prójimo como a ti mismo» (Mt. 22, 39-40).

Jesús nos dice que nos dará el cielo por las obras de caridad. «Entonces dirá a los de la derecha: ¡Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo! Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; forastero fui y me disteis posada; desnudo y me vestisteis; estuve en la cárcel y vinisteis a verme».

«Entonces responderán los justos: ¿Cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, y sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero y te hospedamos, desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos en la cárcel o enfermo y fuimos a verte? Y les responderá el rey: En verdad os digo, que cuando lo hicisteis con uno, el

más pequeño de estos mis hermanos, a Mi me lo hicisteis» (Mt. 25, 34-40).

Reflexión

En los pobres, en los enfermos, en los que sufren, hemos de ver y venerar a Jesús, porque Él nos dice: «Lo que hacéis a uno de estos, a Mi me lo hacéis».

El amor no excluye a nadie, se extiende a todos, aun a los enemigos, según el mandato de Cristo: «Amad a vuestros enemigos» (Mt. 5, 44).

«No amemos sólo de palabra y con la lengua, sino con obras y de verdad» (1 Jn. 3,18).

Tu amor no es verdadero si es sólo horizontal (amor al hombre por el hombre), ante todo debe ser «vertical», por amor a Dios.

Amar al prójimo como a sí mismo, es hacer que todo lo bueno, todo lo noble, todo lo hermoso y todo lo grande que quiero para mi, quererlo para él.

Regla de oro: «Haced vosotros con los demás hombres, todo lo que deseáis que ellos hagan con vosotros» (Mt. 7, 12).

8. ¿Quién es Jesucristo?

Jesucristo es el Salvador del mundo (Jn. 4,42), el Dios verdadero (1 Jn. 5, 20) que se hizo hombre (Jn. 1, 14) y vino a este mundo a salvar a los pecadores (1 Tim. 1, 15).

Jesucristo es el Mesías verdadero. Así lo confesó él a la mujer samaritana, cuando ella le dijo: Yo sé que el Mesías, el que se llama Cristo, está para venir y que cuando venga nos hará saber todas las cosas. Jesús le dijo: Soy Yo, el que hablo contigo» (Jn. 4, 25-26).

También se confesó Mesías ante Caifás: El Pontífice le dijo: Te conjuro por Dios vivo que me digas si tu eres el Mesías, el Hijo de Dios. Jesús le respondió: Tu lo has dicho» (Mt. 26, 63-64).

«Se entregó a la muerte para redención de todos» (1 Tim. 2, 6). El es propiciación por nuestros pecados. Y no sólo por los nuestros, sino por los de todo el mundo (1 Jn. 2, 2). Y resucitó al tercer día según las Escrituras (1 Cor. 15, 5 ss). Resucitó para nunca más morir (Rom. 6, 9).

Reflexión

Lo más importante para un cristiano es conocer a Jesucristo y para conocerle bien conviene leer los santos Evangelios donde se nos narran su vida, su doctrina y sus milagros, y también su muerte y su resurrección.

Todos los que le conocieron y oían hablar admirados de su virtud y de su sabiduría, se decían: Jamás persona alguna ha hablado como este hombre» (Jn. 7, 46). «Todos los que le oían se maravillaban de su doctrina y sus respuestas» (Lc. 2, 4).

Jesucristo es la figura central de la Biblia. Todas las profecías del Antiguo testamento convergen en Él, y Él era la suma santidad. Sólo Él pudo hacer este reto a sus enemigos: «¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?» (Jn. 8, 46). Y a todos nos invita a la perfección: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt. 5, 48), y debemos serlo en la medida que nos es posible.

9. Dios es inmenso

Todas las cosas están patentes y manifestadas a los ojos de Dios (Hech. 5, 13). «Dios no está lejos de nosotros, porque en Él vivimos, nos movemos y existimos» (Hech. 17, 27).

«¡Oh, Dios!... ¿A dónde huir de tu presencia? Si subiera a los cielos allí estás tu, si bajare a los abismos, allí estás presente... Si dijere: Ciertamente las tinieblas me ocultarán, será la noche mi luz en torno mío, tampoco las tinieblas son oscuras para Ti y la noche luciría como el día, pues las tinieblas son como luz para Ti... (Sal. 39).

«Soy Yo por ventura Dios sólo de cerca. No lo soy también de lejos. Por mucho que uno se esconda en escondrijos ¿no lo veré Yo? ¿No lleno Yo los cielos y la tierra? dice el Señor (Jer. 23, 23-24).

Los ojos del Señor están en todas partes, observando a los buenos y a los malos (Prov. 13, 3).

Reflexión

Dios es inmenso. «Inmenso» equivale a

decir que es infinito, o sea, sin límites ni fin. No tiene límites de lugar ni de poder ni de sabiduría. Dios es también «omnipresente», es decir, está presente en todos los lugares del universo, en todas las criaturas (estrellas, cielo, tierra, flores, animales, hombres, casa, corazones). Dios, pues está en todo lugar y donde hay cosas, pues todas son suyas. Y está presente con todo su ser (siendo), con toda su ciencia (sabiendo), con todo su ser conservando y actividad (obrando)... «Está presente como artífice que lo domina todo» (S. Agustín).

La presencia de Dios es un remedio contra todos los vicios» (S. Basilio). «Si pensáramos que Dios nos ve, nunca o casi nunca pecaríamos» (Sto. Tomás). José, en Egipto, se vio violentamente atacado de una tentación impura, recuerda la presencia de Dios y queda victorioso. «¿Cómo, dice, puedo hacer este mal y pecar ante mi Dios?». El olvido de Dios es causa de todos los males...

10. La virtud de la fe

«La fe es el fundamento de lo que se

espera, argumento o prueba de las cosas que no se ven... Sin la fe es imposible agradar a Dios (Heb. 11, 1 y 6).

Jesús dijo a sus apóstoles: «Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura; el que creyere y fuere bautizado se salvará» (Mc. 16, 15-16).

«Todo el que invocare el nombre del Señor será salvo. Pero ¿cómo invocarán a Aquel en quien no han creído? y ¿cómo creerán sin haber oído hablar de Él? ¿Y cómo oirán si nadie les predica?... La fe viene por el oído y al oído llega por la palabra de Cristo (Rom. 10, 9-17).

El justo vive por la fe (Rom. 1, 17). Lo que nos hace alcanzar la victoria sobre el mundo es nuestra fe (1 Jn. 5, 4).

Reflexión

Fe es una respuesta a la palabra de Dios, esto es, hacer y practicar lo que Dios nos pide. Fe es aceptar la persona de Jesucristo y su doctrina, y aceptarla por la autoridad de Dios que la revela y porque la Iglesia nos la enseña.

Fe es creer en la Palabra de Dios, en lo

que Él nos ha revelado. Y el fundamento de nuestra fe es la Biblia o la Palabra de Dios interpretada por su Iglesia.

Creer en Dios es tener por cierta su existencia y cuanto Él nos ha dicho, o sea, sus verdades reveladas; pues si creemos en la palabra de un hombre sabio y veraz, ¡cuánto más no debemos creer en la palabra infalible de Dios!

La fe en Cristo y en su doctrina viene por el oído, por haber oído hablar de Él (Rom. 10, 14-17) y si muchos no conocen a Cristo y su doctrina ¿quién tiene la culpa de tanta ignorancia religiosa y de la perdición de las almas. Por eso el mismo Cristo mandó predicar el Evangelio. Para la salvación de las almas.

Al verdadero cristiano no le basta tener fe, sino que debe vivir la vida de la fe. Viva es la fe del cristiano que ve con los ojos, la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía... y oye al predicador sagrado, como si oyera al mismo Jesucristo...

11. La virtud de la esperanza

«Nuestra vida es pura esperanza, des-

pués será gloria eterna». «Esta es la promesa que Dios nos hizo, la vida eterna (1 Tim. 2, 25). Vivimos «con la esperanza de la vida eterna» (Tit. 1, 2).

Si sólo en esta vida ponemos nuestra esperanza en Cristo, somos los más miserables de todos los hombres (1 Cor. 15, 19).

Mantengámonos firmes en la esperanza, porque es fiel el que la ha prometido (Heb. 10, 23). Vivimos con la esperanza de que un día como hijos de Dios apareceremos con Cristo en aquella gloria (Col. 5, 4).

Sabemos que si esta casa terrestre en que habitamos, viene a destruirse, nos dará Dios en el cielo otra casa no hecha de mano de hombre (2 Cor. 5, 1).

Porque en esperanza somos salvos; mas la esperanza que se ve no es esperanza, porque lo que uno ve ¿cómo puede esperar-lo? Pero si esperamos lo que no vemos, en paciencia esperamos (Rom. 4, 24-25).

Dios por su misericordia nos ha regenerado con una viva esperanza mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos para alcanzar una herencia incorruptible, incontaminada, e imarcesible, que nos está reservada en el cielo (1 Ped. 1, 3-4).

Alegraos en aquel día (por vuestras pruebas sobrellevadas) y regocijaos porque vuestra recompensa es grande en el cielo (Lc. 6, 23).

Reflexión

¿Qué es la esperanza? La esperanza es una virtud sobrenatural por la cual confiamos obtener con toda certeza el cielo o vida eterna y las gracias necesarias para merecerla aquí en la tierra con las buenas obras.

Los cristianos viven con una firme esperanza de conseguir el cielo o vida eterna, y ¿por qué viven con esta esperanza si no han visto la otra vida? Porque su fe es firme en la palabra de Dios, porque ha sido prometida por el mismo Dios que no miente (Tit. 1, 1). «Esta es la promesa que Dios nos hizo la vida eterna» (1 Jn. 2, 25).

El labrador vive con la esperanza de recoger el fruto de la tierra que ha sembrado (Sant. 5, 7-8); así nosotros hemos de vivir esperando aquella vida que Dios ha de dar a los que no abandonan su fe, pues el fundamento o base de nuestra esperanza es la

fe o creencia en la promesa divina. Sin la fe es imposible esperar ni amar. Si yo no creo que hay un Dios que me ha creado, y que me promete un cielo eterno, ¿cómo voy a esperar en él? Dios es fiel en sus promesas y no miente (Tit. 1, 1-2).

12. La virtud de la caridad

«Vuestra caridad sea sincera, aborreciendo el mal, adhiriéndoos al bien, amandoos unos a otros... No volváis mal por mal, procurad el bien a los ojos de todos los hombres... Si tu enemigo tiene hambre dale de comer, si tiene sed, dale de beber; que haciendo así amontonáis carbones encendidos sobre su cabeza. No te dejes vencer del mal, antes vence al mal con el bien» (Rom. 12, 9 ss).

Dios es caridad, y el que vive en caridad permanece en Dios y Dios en él (1 Jn. 4, 16).

«Aunque yo hablase las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad, vengo a ser como bronce que suena o címbalo que retiñe...

La caridad es paciente, es benigna, no

es envidiosa, no es jactanciosa, no se ensoberbece, no busca su propio interés, no se irrita, no se goza de la injusticia, mas se alegra con la verdad, todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera y todo lo soporta.

La caridad nunca se acaba; las profecías, en cambio, tendrán fin, las lenguas cesarán y la ciencia tendrá término. Ahora permanecen estas tres: la fe, la esperanza y la caridad; pero la mayor de ellas es la caridad» (1 Cor. 13).

En esto hemos conocido la caridad en que Él (Jesús) dio la vida por nosotros, y nosotros debemos dar nuestra vida por los hermanos.

El que tuviere bienes de este mundo y viendo a su hermano tener necesidad, le cierra sus entrañas, ¿cómo la caridad permanece en él? Hijitos, no amemos de palabra y con la lengua, sino de obra y de verdad (1 Jn. 3, 14).

Reflexión

¿Qué es la caridad? Es una virtud sobrenatural por la cual amamos a Dios por sí mismo sobre todas las cosas, y al prójimo

como a nosotros mismos por amor a Dios.

Sin la caridad todas las virtudes desaparecen... «La caridad es la medida de la grandeza y de la perfección, de tal manera que el que tiene mucha es grande, y el que poca es pequeño, y nada el que no tiene ninguna» (S. Bernardo).

«Ninguna cosa es mayor en este mundo como el alma que tiene caridad... Ama a Dios y haz lo que quieras; si callares, calla por amor; si castigares, castiga por amor; si perdonares, perdona por amor, porque lo que por este amor se hace es meritorio delante de Dios» (S. Agustín).

Jesús nos enseñó a orar y a amar a nuestros enemigos. El mejor apostolado de los tiempos modernos es una vida de amor, y el apostolado mejor, no es hablar de Dios, sino dar a Dios.

Nuestro deber es amar a los pecadores, a los extraviados, pero no sus pecados. El amor no se reduce a una fórmula, vg. «Dios mío os amo», pues se requiere que el amor se manifieste en obrar. «Obras son amores»...

13. Huye del pecado

«Hijo, ¿has pecado? No vuelvas a pecar más y ora por los pecados anteriores (arrepintiéndote de ellos). Como de la serpiente huye del pecado, porque si te acercas te morderá. Dientes de león son los suyos, que dan muerte a los hombres» (Eclo. 21, 1-3).

«El pecado es la transgresión de la ley de Dios» (1 Jn. 3-4). «No digas: He pecado, y ¿qué me ha sucedido? Porque el Señor es paciente... y no digas: Grande es su misericordia, Él perdonará mis muchos pecados. Porque aunque es misericordioso, también castiga y su furor caerá sobre los pecadores (Eclo. 5, 4-7).

Si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañaríamos a nosotros mismos y la verdad no estaría en nosotros (1 Jn. 1, 8). Reconoce y advierte cuán malo y amargo es para ti haberte apartado del Señor, tu Dios» (Jer. 2, 19).

Reflexión

El pecado, dice el Papa Juan Pablo II en

su encíclica «Dives in misericordia», es la raíz más honda de todos los males en la historia del hombre.

Pecado es oponerse a la voluntad de Dios que se nos manifiesta en sus mandamientos. Dios te dice: Ama a tu prójimo, no robes, no mates, no cometas actos impuros, etc. Si tu respondieras: No cumplo estos mandamientos, cometerías pecado. En consecuencia: Pecado es toda desobediencia a la ley de Dios.

¿Cómo comprender la malicia del pecado mortal? Basta ver cómo Dios lo castiga: Por un pecado solamente y éste de pensamiento, los ángeles quedaron convertidos en tizones del infierno (2 Ped. 2, 4). Y por un pecado de nuestros primeros padres, que fue de desobediencia, con raíz en la soberbia, el mundo quedó convertido en un valle de lágrimas (Gén. 3, 17 s).

También los diluvios de agua y el de fuego sobre las ciudades de Sodoma y Gomorra y tantos otros castigos, nos hablan de su malicia. ¿Qué será, pues, el pecado cuando Dios así lo castiga?

Un día dijo Jesús a un hombre que llevaba enfermo 38 años, al que acababa de curar: «No vuelvas a pecar para que no te suceda algo peor».

Esto demuestra que el pecado a veces es causa de nuestras enfermedades. «El que comete el pecado es esclavo del pecado» (Jn. 8, 34). Los pecadores son enemigos de su propia alma (Tob. 12, 10).

14. El misterio de la redención

«Llegada la plenitud de los tiempos envió Dios a si Hujo nacido de una mujer, nacido bajo la ley para redimir a los que estaban bajo la ley» (Gál. 4, 4).

Jesucristo es la víctima de propiciación por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo (1 Jn. 2,2).

Hemos sido justificados gratuitamente por su gracia mediante la redención de Cristo Jesús (Rom. 4, 24).

Porque cuantos en Cristo habéis sido bautizados, os habéis vestido de Cristo (Gál. 3,27), en quien tenemos la redención y la remisión de los pecados (Col. 1,14).

Reflexión

¿Qué es la redención? La redención es el misterio de los sufrimientos y muerte de Jesucristo en la cruz para redimirnos a todos. Jesucristo nos ha rescatado comprándonos «no con plata y oro corruptibles, sino con su sangre preciosa, como cordero sin mancha» (1 Ped. 1,18). Por su sangre tenemos la redención, el perdón de los pecados (Ef. 1,7).

La redención fue el remedio de nuestros pecados. Bien podemos decir: «Eres digno, Señor Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poder, porque tu has creado el universo... porque con tu sangre compraste para Dios hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación... (Apoc. 4,11; 5,9).

15. La virtud de la penitencia

Jesucristo nos dice: «Haced penitencia porque está cerca el reino de los cielos» (Mt. 4,17). Si vosotros no hiciérais penitencia, todos pereceréis igualmente (Lc. 13,5).

Arrepentíos y creed en el Evangelio (Mc. 1,15). He venido a llamar a los pecadores

a penitencia. Jesucristo vino a este mundo a salvar a los pecadores (1 Tim. 1,15). Dios hace como que no ve nuestros pecados por esperarlos a penitencia (Sab. 11,24).

Al corazón contrito y humillado Dios no lo desprecia (Sal. 51). El Señor es paciente para con nosotros, no queriendo que nadie perezca, sino que todos vengan a penitencia (2 Ped. 3, 17).

Acercaos vosotros a Dios y Dios se acercará a vosotros... Pecadores, limpiad vuestras manos, purificad vuestros corazones los de doblado ánimo (Sant. 4,8).

Reflexión

La penitencia como virtud, es una «detestación y dolor del pecado cometido con propósito de no querer pecar».

Si Cristo nos redimió, ¿no tendremos ya nada que hacer nosotros? Es cierto que Cristo nos obtuvo la redención de nuestros pecados, pero para que nos aproveche a cada uno en persona, puso algunas condiciones, como son, por ejemplo: la fe, la detestación de los pecados, el uso de los sacramentos, la guarda de los mandamientos, etc., sin lo

cual no se nos aplican los méritos y satisfacciones de Cristo.

La penitencia cristiana no es otra cosa que la reparación del pecado y consiste, como dice San Gregorio Magno, en llorar o detestar los pecados cometidos, y éstos no volverlos a cometer.

La penitencia puede ser interna y externa. La «interna» es el dolor de corazón y amargura del alma por los pecados que se han cometido, y la «externa» consiste en obras penosas con las que satisfacemos por nuestros pecados, tales son: Ayunos, vigili-
as, cualquier mortificación corporal. Estas pueden ser voluntarias o impuestas por la Providencia, como el dolor, las enfermedades, etc., las que se deben soportar con igualdad de ánimo para expiar nuestros pecados. La interna siempre aventaja a la externa...

16. La gracia santificante

Por Jesucristo nos vino la gracia (Jn. 1,17) y Él nos dice: Yo he venido para que las almas tengan vida (Jn. 10,10), la vida sobrenatural o vida de la gracia.

Jesucristo dijo a la mujer samaritana: Si conocieras el don de Dios y quien es el que te dice: Dame de beber, tu le pedirías a Él y Él te daría agua viva... Quien bebe de esta agua (del pozo de Jacob) volverá a tener sed; pero el que bebiere del agua (de la divina gracia) que yo le diere no tendrá jamás sed (de los placeres y cosas del mundo), sino que el agua que Yo le dé se hará en él una fuente que salte hasta la vida eterna (Jn. 4,10-14).

Reflexión

La gracia santificante es un «don de Dios», la vida sobrenatural del alma. Jesucristo nos mereció la gracia con su sangre, o sea, con su pasión y muerte, y así lo dice la Escritura: Jesucristo nos ha lavado con su sangre (Apoc. 1,5).

La gracia se adquiere la primera vez por el bautismo, se pierde por el pecado mortal, y se recupera mediante el sacramento de la penitencia.

Vivir en gracia o amistad con Dios es vivir sin pecado. La gracia es un don interior que embellece nuestra alma, es como

una savia divina que viene de Jesucristo, quien nos dice: «Yo soy la vid verdadera y vosotros los sarmientos». Cuando se corta la rama de un árbol o un sarmiento, se seca por no circular por ella la savia de la divina gracia.

Los que viven en pecado mortal tienen el nombre de vivientes, pero en realidad están muertos (Apoc. 3,1). Hay muchos cadáveres ambulantes por nuestras ciudades. Como dice San Agustín: «El cuerpo muere cuando está separado del alma, y de la misma manera muere el alma cuando está apartada de Dios».

El alma sin pecado es bella y permanece adornada con una hermosura incomparable. Para permanecer en esta hermosura o gracia divina, es necesaria la oración, la comunión frecuente y la huida de ocasiones de pecado.

17. Ten buena conciencia

«Esta es nuestra gloria, el testimonio de nuestra conciencia» (2 Cor. 1,12). Cuando los gentiles guiados por la razón natural, cumplen los preceptos de la ley, ellos mis-

mos sin tenerla, son para sí mismos ley. Y con esto muestran que los preceptos de la ley están escritos en sus corazones, siendo testigo su conciencia y las sentencias que entre sí unos y otros se acusan o se excusan (Rom. 2,14-15).

«Cierto que de nada me acusa la conciencia, mas no por eso me creo justificado; quien me juzga es el Señor» (1 Cor. 4,4).

Hermanos, siempre hasta hoy me he conducido delante de Dios con toda rectitud de conciencia (Hech. 23,1).

Reflexión

La conciencia es una voz interior que nos manda hacer el bien y nos prohíbe hacer el mal. El que nos habla por nuestra conciencia es Dios, y por tanto obedecer la voz de la conciencia es obedecer a Dios.

Todo hombre descubre impresa en su corazón una ley que le indica el camino del bien. Ejemplo: Caín sintió los remordimientos de su conciencia cuando mató a su hermano Abel.

La conciencia es a la vez reo, testigo y juez. Ella nos acusa o desaprueba nuestras

obras si son malas y nos las aprueba o aplaude si son buenas. «Ten buena conciencia y siempre tendrás alegría» (Kempis).

La formación de la conciencia se ha de lograr mediante la educación en el amor a la verdad y al bien y con una instrucción profundamente religiosa, procurando la rectitud de intención en el obrar.

La Iglesia nos ayuda a descubrir la voluntad de Dios con la lectura de la Biblia y las enseñanzas de su Magisterio.

18. Observa los mandamientos divinos

«Guardadlos y ponedlos por obra, pues en ellos está vuestra sabiduría y vuestro entendimiento... (Dt. 4,6). Dios dice: ¡Oh, si siempre me temieran y guardaran mis mandamientos para ser siempre felices ellos y sus hijos! (Dt. 5,29). Ved: Yo os pongo hoy delante bendición y maldición: La bendición, si cumplís los mandatos que Yo os prescribo hoy; la maldición, si no los cumplís» (Dt. 11,26-28).

Si vosotros obedecéis los mandatos que Yo os prescribo, amando a Yahvé, vuestro Dios, y sirviéndole con todo vuestro cora-

zón y con toda vuestra alma, Yo daré a vuestra tierra la lluvia a su tiempo, la temprana y la tardía y tu cosecharás tu trigo, tu mosto y tu aceite; Yo también daré hierba a tus campos para tus ganados y de ellos comerás y te saciarás. Pero cuidado mucho de que no se deje seducir vuestro corazón sirviendo a otros dioses porque la cólera de Yahvé se encendería contra vosotros y cerraría el cielo y no habría más lluvia y la tierra no daría su fruto... (Dt. 11,13-17).

Jesucristo nos dice: «Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos» (Mt. 19,17).

Reflexión

Del cumplimiento de los mandamientos de Dios depende nuestra felicidad temporal y eterna. Ellos forman el «código de la felicidad». Dios es el autor de los mandamientos. Los promulgó en el Sinaí (Ex. 20; Dt. 5), los imprimió en la conciencia de todo hombre (Rom. 2,14-16). Jesucristo los confirmó y perfeccionó, y dijo que toda la Biblia: La ley y los Profetas pendían de los mandamientos, los que redujo a estos

dos: Amar a Dios y al prójimo (Mt. 22,37-39).

Desde su promulgación, Dios no dejó de inculcarlos a las siguientes generaciones, y así vemos que Josué los inculcó a su pueblo (Jos. 23). También los jueces se los recordaron. Luego Dios suscitó profetas para que se los recordasen a los reyes y al pueblo a fin de no ser castigados. Las tribus del Norte, por no cumplirlas, fueron llevadas cautivas a Asiria (2 Rey. 17,6-7) y las tribus de Judá y Benjamín lo fueron a Babilonia (2 Rey. 24,3).

Nuestra dicha y la de todos los pueblos depende del cumplimiento de la Ley de Dios.

19. Emplea bien la libertad

Dios hizo al hombre libre desde el principio y le dejó en manos de su albedrío. Si tu quieres puedes guardar sus mandamientos, y es de sabios hacer su voluntad. Ante ti puso el fuego y el agua; a lo que tu quieras extenderás la mano. Ante el hombre están la vida y la muerte; lo que cada uno quiere le será dado.

A nadie ha mandado ser impío, ni le ha dado permiso para pecar... No digas: Mi pecado viene de Dios, que Él no hace lo que detesta (Eclo. 15,11).

Vosotros, en efecto, hermanos, fuisteis llamados a la libertad, mas procurad que la libertad no sea motivo para servir a la carne, antes bien, servíos los unos a los otros mediante la caridad... (Gál. 6,13).

Reflexión

«Cristo nos libertó para gozar de libertad» (Gál. 5,1). La libertad es un don de Dios, que Él nos ha dado para servicio de la verdad y del bien y no para hacer lo malo. Y ¿qué entendemos por libertad? La libertad es el poder o la facultad que uno tiene de obrar o no obrar, o de elegir una cosa con preferencia a otras. Libertad, pues, no significa hacer lo que a uno le plazca, sino hacer lo que es del agrado de Dios, según lo dicta su santa ley y la voz de nuestra conciencia.

El verdadero cauce de nuestra libertad son los mandamientos de Dios. Jesucristo dice: «La verdad os hará libres... El pecado

os hará esclavos» (Jn. 8,31-34). El que está libre de todo pecado y de las ataduras de las pasiones es verdaderamente libre. Servir a Dios es reinar.

Tengamos presente ante tantos males que vemos, que la permisión del mal nace de que Dios ha concedido al hombre la libertad. Dios se la respeta y de ahí el mérito o demérito.

20. La ley no pone trabas a la libertad

Sabemos que la ley es buena para quien use de ella legítimamente, teniendo en cuenta que la ley no es para los justos, sino para los malvados, para los rebeldes, los impíos y los pecadores, para los que sin religión y sin creencias, para los parricidas y matricidas, para los homicidas, los lujuriosos y los perjuros, y si hay alguna otra cosa que se oponga a la sana doctrina conforme al Evangelio del bienaventurado Dios que me ha sido confiado (1 Tim. 1,8-11).

Reflexión

La ley no pone trabas o límite alguno a la libertad del hombre, sino que lo orienta y le señala un camino que lo dirige hacia el bien, a fin de que consiga la perfección.

Tu, cuando vas a ciento por hora en una carretera, eres libre para soltar el volante del coche, y ¿qué sucedería si lo hicieras? ¡Te estrellarías!

Dios te ha trazado el camino de los mandamientos para llegar al cielo.

Si te apartas de él, no llegarás. «Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos» (Mt. 19,17).

Las leyes de la circulación ¿qué son, sino una orientación para que encauces bien tu libertad? Muchos por quebrantarlas todos los días mueren en algún accidente. Dios te señala un camino para tu salvación. Si no lo sigues y te condenas, ¿quién tiene la culpa?

21. El problema del dolor

(Origen del dolor): «Por un hombre entró el pecado en el mundo y por el peca-

do la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres, porque todos pecaron (en Adán)» (Rom. 5,12).

(Por este pecado, Dios dijo a Adán): «Por tu causa maldita será la tierra; con fatiga te alimentarás de ella todos los días de tu vida; espinas y abrojos te producirá, y comerás las hierbas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra de la que fuiste formado: porque polvo eres y al polvo volverás» (Gén. 3.17-19).

Reflexión

Sobre el problema del dolor conviene que tengamos ideas claras: ¿Cuál es la causa del dolor? ¿Por qué sufrimos? En la Biblia tenemos la respuesta: «Dios todo lo hizo bien» (Gén. 1,31), por tanto el mal no trae origen del Creador. Dios no hizo el dolor ni la muerte, pues entraron en el mundo por el pecado original (Rom. 5,12; Gén. 3,17ss) y ahora los sufrimientos y males que acontecen en general, son debidos no sólo al pecado original sino también a nuestros pecados personales.

¡Cuántas enfermedades son el resultado de la sensualidad y de la intemperancia! (Véase cómo muchos sufren por *glotonería* (Eclo. 31,24 y 27; 33-34), otros por *embriaguez* o por darse al deleite o actos impuros (Prov. 21,27) o por darse a la droga u otros vicios.

En los Proverbios leemos: *La necedad del hombre tuerce sus caminos y luego le echa la culpa a Dios* (19,3). Hay que reconocer que muchas veces nos quejamos a la Providencia, cuando los verdaderos autores de nuestras desgracias hemos sido nosotros mismos con nuestro obrar irreflexivo e imprudente.

El gran mérito está en saber sufrir, uniendo nuestros dolores a los de Cristo, para que sean méritos redentores. Por eso Santa Teresa decía: «padecer o morir». San Pablo dice: «tengo por cierto que los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros» (Rom. 8,18). «Por la momentánea y ligera tribulación Dios nos prepara un peso eterno de gloria incalculable» (2 Cor. 4,17).

22. Sufre con paciencia

«Cristo padeció por nosotros dándonos ejemplo para que sigamos sus pasos» (1 Ped. 2,21). «Quien no carga con su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo» (Lc. 14,27).

«En verdad, en verdad os digo: No es el siervo mayor que su señor, ni el enviado apóstol que aquel que le envía» (Jn. 3,16). «Si me han perseguido a Mi, también os perseguirán a vosotros» (Jn. 13,20). «Todos los que quieren vivir piadosamente, siguiendo a Cristo, padecerán persecuciones» (2 Tim. 3,12).

«Te prueba Yahvé, tu Dios, para saber si le amas con todo el corazón y con toda tu alma» (Dt. 13,3). «Aguarda con paciencia lo que esperas de Dios... Acepta todo cuanto te enviare, en los dolores sufres con constancia y lleva con paciencia tu abatimiento. Pues como en el fuego se prueba el oro, así los hombres aceptos a Dios se prueban en la fragua de la humillación» (Eclo. 2,3-5).

Reflexión

El sufrimiento es efecto natural de la tribulación. Las tribulaciones son las enfermedades, reveses de fortuna, contradicciones de los hombres... y nos recuerdan nuestra tribulación y que vivimos en el destierro donde no hemos de buscar comodidades y descanso definitivo y que nuestra Patria es el cielo donde hemos de entrar por muchas tribulaciones» (Hecho. 14,21).

Aprender a sufrir es la más grande y más útil asignatura de la presente vida, y esta asignatura se aprende de un Maestro: de Jesucristo en la cruz. «Habéis de alegraros en la medida en que participais en los padecimientos de Cristo...» (1 Ped. 4).

«Cuando Dios envía a un alma, sin culpa suya, grandes sufrimientos, señal clara que pretende elevarla a gran santidad» (S. Ign. de Loyola).

«Las calamidades que nos oprimen, nos fuerzan a ir a Dios» (S. Greg. Magno). Para los justos el dolor es también gran medio de apostolado, y una bella oración ofrecerlo unido a Cristo por los pecados propios y conversión de los pecadores.

23. Acuérdate de los novísimos

«Acuérdate de nos novísimos (=postrimerías) y no pecarás jamás (Eclo. 7,40).

1. La muerte. *«¿Quién es el hombre que vive y no verá la muerte?» (Sal. 88,49). Por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte (Rom. 5,12). Está decretado que los hombres mueran una vez (Heb. 9,27). La muerte es estipendio o paga del pecado (Rom. 6,23)...*

2. El Juicio. *Está establecido morir una vez, y después de esto el juicio (Heb. 9,27). Es fácil al Señor dar a cada uno lo que merece y retribuirle según sus caminos (Eclo. 11,28). Cada uno dará cuenta a Dios (Rom. 14,22). Dios juzgará al justo y al impío (Ecl. 3,17). Todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo para que reciba cada uno lo que hubiere hecho por el cuerpo bueno o malo (2 Cor. 5,10).*

3. El infierno. Jesucristo dice: *«Irán éstos (los impíos), al suplicio eterno y los justos a la vida eterna (Mt. 25,41ss). Murió el rico epulón y fue sepultado. En el infierno, en medio de los tormentos... dijo: Estoy atormentado en estas llamas (Lc. 16,22-24).*

4. El cielo. (*El cielo es eterno*): Los justos irán a la vida eterna (Mt. 25,46). Tenemos casa eterna en el cielo (1 Cor. 5,1).

Reflexión

Acuérdate que la muerte no tarda y no sabes cuando vendrá (Eccl. 14,2). Jesucristo no nos dice que «nos preparemos», sino «estad preparados, porque la hora que no penséis, llegará el Hijo del hombre» (Mt. 24,44). ¿Quieres no temer la muerte? Ama a Dios de todo corazón y no temerás ni la muerte ni el juicio ni el infierno... (Kempis).

Dios ha de juzgarlo todo, aun lo oculto y toda acción sea buena, sea mala (Eccl. 12,14). Son muchos los pasajes de la Escritura que nos hablan del infierno. Unos dicen: Dios es Padre y no es posible que condene a un infierno eterno. Dios es Padre misericordioso, pero también justo. El no arroja a nadie al infierno: «somos nosotros los que nos precipitamos en él con nuestros pecados» (S. Cura de Ars). Si uno no quiere cuentas con Dios y blasfema y le niega, él es el culpable. Si a uno no le alumbraba el sol por haber cerrado la ventana de

su casa, ¿quién tiene la culpa de que no le alumbre?

Dios promete el cielo a los que cumplan sus mandamientos. La dicha del cielo es indescriptible: «Ni el ojo vio, ni el oído oyó ni vino a la mente del hombre lo que Dios tiene preparado para los que le aman» (2 Cor. 2,9).

24. Sed misericordiosos...

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia (Mt. 5,7). El Señor es compasivo y misericordioso (Sant. 5,11).

Sed misericordiosos como misericordioso es vuestro padre (Lc. 6,16). Todas las sendas son misericordia y verdad para los que guardan sus mandamientos (Sal. 25,10).

Os está esperando Yahvé para haceros gracia... para tener misericordia de vosotros (Is. 30, 18). ¡Cuán grande es la misericordia del Señor y su piedad para los que se vuelven a Él (Eclo. 17,28).

Tu, oh Señor, eres misericordioso y clemente magnánimo, de gran piedad y fide-

lidad. *Mírame, ten piedad de mi* (Sal. 86,15).

¡Oh, Señor! tienes piedad de todos, porque todo lo puedes y disimulas los pecados de los hombres para traerlos a penitencia, pues amas todo cuanto existe, a todos perdonas, porque son tuyos, Señor amador de las almas (Sab. 11,27).

Reflexión

En Dios todo es grande, todo es infinito. Su grandeza se manifiesta en su omnipotencia, en su Providencia, en su sabiduría y en su justicia... pero donde más resalta es en su misericordia. En La Sagrada Escritura leemos: «La misericordia de Dios está sobre todas sus obras» (Sal. 145,9). «De la misericordia del Señor está llena la tierra» (Sal. 33,5).

Misericordioso y benigno es el Señor, tardo en airarse y lleno de clemencia. No nos castiga a medida de nuestros pecados, no nos paga conforme a nuestras iniquidades. Sino que cuanto sobre la tierra se alzan los cielos tanto se eleva su misericordia sobre los que le temen. Cuanto dista el

Oriente del Occidente, tanto aleja de nosotros nuestros pecados (Sal. 103).

San J. Crisóstomo hablando de los pecadores dice: «Si caen chispas en el mar ¿lo enciende? No, sino que el mar las apaga. Tus pecados son chispas, y el mar es la misericordia de Dios».

«Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva» (Ez. 33,11). A todos los pecadores arrepentidos dirige el Señor estas palabras del profeta Isaías: «Aunque vuestros pecados os hayan teñido como la grana, vuestras almas quedarán limpias como la nieve» (1,18).

25. Haz bien a todos. Sé afable...

«No te canses de hacer el bien. Procura vencer el mal a fuerza de beneficios» (Rom. 12,21). «Mira bien donde pones el pie y sean rectos todos tus caminos» (Prov. 4,26)

«Si tu enemigo tiene hambre dale de comer, si tiene sed, dale de beber. Pues así echas ascuas sobre su cabeza (esto es, le haces reflexionar y se volverá a ti con amor). No te dejes vencer por el mal; al

contrario vence al mal con el bien» (Rom. 12,21).

A nadie paguéis mal por mal. «Procurando lo bueno delante de todos los hombres» (Rom. 12,17; Prov. 3,4).

Cada uno de vosotros procure dar gusto a su prójimo en lo que es bueno y pueda edificarle. Nosotros como más fuertes en la fe, debemos soportar las flaquezas de los menos y no dejarnos llevar de una vana complacencia por nosotros mismos» (Rom. 15,1-2).

Soportaos unos a otros con caridad (Ef. 4,1). La caridad es sufrida, dulce, bienhechora... (1 Cor. 13).

Reflexión

Haz fecunda tu existencia haciendo alegremente el bien. Que al morir no puedan decir de ti que pasaste por este mundo sin haber hecho nada.

Pasan los hombres, las cosas y los tiempos... pero la obra del que pasa haciendo el bien a todos, al igual que Jesucristo, no pasa jamás. «La memoria del hombre justo será eternamente celebrada» (Sal. LLL,10).

Haz bien y no mires a quién, porque el que hace mal a otros, a sí mismo se lo hace y Dios no le bendice. Hacer mal es de corazones ruines.

Cuando veas a un hombre bueno trata de imitarle; cuando veas a uno malo, examínate a ti mismo. Sé amable con el prójimo y condescendiente con él en lo posible, pero sin pecar o claudicar en la verdad.

Inspiremos simpatía, pues cuando tratamos a otros con amabilidad, ellos son más amables con nosotros. El secreto para estar a bien con todos es amoldar nuestro carácter al de los demás.

26. Aprovecha el tiempo. La vida es corta

«El tiempo es breve... el aspecto de este mundo pasa rápidamente (1 Cor. 7,29 y 31). Breves son los días del hombre. Dios los tiene contados y tiene señalado el término de los mismos, más allá de los cuales no podemos pasar (Job. 14,5)

¿Qué es nuestra vida? Un vapor que se desvanece, un humo que aparece un momento y al punto se disipa (Sant. 4,14). El

hombre nacido de mujer vive corto tiempo, está repleto de muchas miserias, brota como una flor y se marchita» (Job 14,1).

El hombre pasa como una sombra... como humo disipado por el viento... pasa como el recuerdo del huésped de un sólo día (Sab. 5).

Pocos son los años que me restan, es sin vuelta el camino por donde voy (Job. 16,22). No nos cansemos de hacer el bien que a su tiempo cosecharemos, si no desfallecemos. Por consiguiente, mientras disponemos del tiempo hagamos bien a todos (Gál. 6,9).

Este es el tiempo de la salvación, este es el tiempo aceptable (2 Cor. 6,2).

Reflexión

La vida es corta y está siempre amenazada de muerte: «En lo hora en que menos penséis... (Lc. 12,40). El tiempo pasa rápidamente. Él trae presto la vejez, la decrepitud, la muerte, el fin de todo... El nos trae a nosotros al mundo y pronto también nos hará desaparecer de él.

Entramos en la vida presente con la ley

de abandonarla. Venimos a representar un papel más o menos corto en la escena de este mundo... y después hemos de desaparecer. Veo con frecuencia que algunos mueren y pasan delante de mí; mas otros presto me verán pasar...

En esta vida tan breve estamos para merecer la eterna, y tengamos presente que Jesucristo no nos dice que «nos preparemos para la otra» sino que estemos preparados (Lc. 12,40). La vida, dice Santa Teresa, es una mala noche que hay que pasar en una mala posada».

27. No mientas ni murmures del prójimo

«El señor domina los labios mentirosos» (Prov. 12,22). Es infamia en el hombre la mentira, que se halla siempre en los labios de los insensatos (Eclo. 20,26).

Sé firme en tus juicios y no tengas más que una palabra (Eclo. 5,20). Quien quiera amar la vida y ver días dichosos, cohiba su lengua del mal y sus labios de hablar engaño (1 Ped. 3,10).

Guardaos de murmuraciones inútiles, preservaos de la lengua mal hablada, por-

que la lengua mentirosa no quedará impune, y la boca embustera da muerte al alma (Sab. 1,11).

Maldice al murmurador y al de la lengua doble porque han sido la maldición de muchos que vivían en paz. La lengua maldiciente ha desterrado a muchos, y los arrojó de pueblo en pueblo (Eclo. 28,15-16).

Hacedlo todo sin murmuraciones ni discusiones, a fin de que seáis irrepreensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha (Fil. 2,14-15).

Reflexión

Se fatigan los hombres para decir una mentira, mientras que con facilidad podrían decir la verdad... porque toda acción mala es trabajosa, y toda obra mala que se proyecta tiene por guía la mentira (S. Agustín).

«Con la verdad deben prevenirse, con la verdad deben manifestarse, con la verdad deben matarse las mentiras» (S. J. Clímaco).

El que refiere con empeño los defectos de otros, también referirá los tuyos; no lo escuches.

¿Sabéis cuál es la causa de la murmu-

ración? El respeto humano, la ligereza, la envidia...». ¿Dijo uno mal de ti? No digas mal de él, siquiera para no imitarle. Si oyes murmurar de otro, puedes decir: «No le ama» (Gar-Mar).

Decía cierto anuncio: «Antes, cuando nos reuníamos y hablábamos alguna cosa de provecho para nuestras almas, nos elevábamos más y más, subíamos al cielo. Ahora nos juntamos y nos entretenemos en detracciones; y unos y otros nos arrastramos abajo» (Poemen).

«Murmuración» es hablar mal del ausente. San Agustín poco partidario de ella, puso en su comedor este letrero: «Ninguno del ausente aquí murmure; antes bien, quien piense en esto desmandarse, procure de la mesa levantarse». Tu haz siempre bien, y no mires a quien.

28. Valor del silencio

Todo tiene su tiempo, y todo cuanto se hace debajo del sol tiene su hora... Hay tiempo de callar y tiempo de hablar.. (Ecl. 3,1,7).

Si alguno cree ser religioso y no refrena su lengua seduce su propio corazón y su

religión es vana (Sant. 1,26). En el mucho hablar no faltará pecado. El que refrena sus labios es sabio (Prov. 10,49).

El malvado se enreda en pecados de la lengua, el justo se libra de ellos (Prov. 12,13).

Reflexión

El Concilio Vaticano II nos habla de la soledad y del silencio como algo esencial en la vida contemplativa. El mundo no lo comprende. Uno que vio a una comunidad en silencio, exclamó: Esto es algo «antinatural». Mas no es así. El valor del silencio no se comprende sino a la luz de la fe. La Sagrada Escritura lo alaba, siendo considerado como un «medio precioso para la formación, porque acostumbra al individuo al dominio de si mismo y a la reflexión, y le proporciona un clima ideal para la vida de recogimiento, de estudio y de oración: El que refrena su lengua es sabio».

El silencio debe guardarse por un fin sobrenatural, pues en esto estriba su valor. Es necesario saber callar para que Dios hable... Es necesario hablar más con Dios que

con los hombres. En el silencio tiene el hombre pensamientos elevados.

El Hermano Rafael Trapense, escribió: «El silencio de la Trapa no es silencio... es un concierto sublime que el hombre no comprende. Es un silencio que dice: No metas ruido hermano, que estoy hablando con Dios».

El silencio es necesario para la oración. Con el silencio es difícil faltar a la caridad. El tener quieta a la lengua hace descansar el corazón... Por el alma silenciosa navegan los pensamientos de Dios».

¿Queréis aprender a hablar? Guardad silencio y reflexionad en él lo que tenéis que decir y cómo debéis decirlo. Escuchad, ved, callar y tendréis paz en el alma. «El silencio es el sello del hombre sabio y prudente» (S. Bernardo).

29. No seas envidioso

«Por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo» (Sab. 2,24). No seamos envidiosos de vanagloria, provocándonos unos a otros, y recíprocamente enviándonos (Gál. 2,26).

No tengas envidia al malvado, ni desees ponerte en su lugar, porque su corazón maquina la ruina y sus labios no hablan más que para dañar (Prov. 24,1-2). Cruel es la ira, furiosa la cólera, pero ¿quién podrá parar ante la envidia? (Prov. 27,4).

El corazón apacible es vida del cuerpo, y la envidia es carcoma de los huesos (Prov. 14,30).

Reflexión

¿Qué es la envidia? Es el odio por la felicidad de otros (S. Agustín) «es la más baja, la más odiosa, la más vituperada de las pasiones» (Bossuet). «La envidia es invención de Satanás» (S. J. Crisóstomo). El envidioso tiene los ojos enfermos. Todo lo que es brillante y hermoso le ofende y le daña; está agitado, atormentado por la gloria y virtud de los demás.

La envidia es la más cruel de las enfermedades y la más terrible muerte del corazón. El envidioso siente que otro posea tanto como él; siente tener menos que otro.

Preguntaron a Sócrates qué es lo dañoso a los buenos y atormenta a los malos, y con-

testó: «La felicidad de los malos es dañosa a los buenos; y la prosperidad de los buenos atormenta a los malos con la envidia».

Los hermanos de José concibieron una envidia mortal, porque Jacob amaba más a éste que a aquellos, y de ahí nació el odio, la ira y la venganza (Gál. 34,7).

La envidia es raíz de todos los males, manantial de las disputas y pleitos, el arsenal de todos los crímenes y la materia de todos los desórdenes. La envidia mata el temor de Dios...» (S. Cipriano).

Hemos de alegrarnos del bien de los demás. La dulzura, la mansedumbre, la bondad y la caridad destruyen este vicio. Huyamos de él.

30. No odies a nadie

«El que no ama permanece en la muerte. Quien odia a su hermano es un homicida, y ya sabéis que todo homicida no tiene en sí la vida eterna» (1 Jn. 3,14-15). Si alguno dijere: Amo a Dios, pero odia a su hermano, miente. Pues el que no ama a su hermano a quien ve, no es posible que ame a Dios, a quien no ve (1 Jn. 4,20).

No volváis mal por mal; procurad el bien a los ojos de todos los hombres... No te dejes vencer del mal, antes vence el mal con el bien (Rom. 12,17). «Amad a vuestros enemigos y orad por los que os odian, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir el sol sobre malos y buenos y llueve sobre justos e injustos (Mt. 5,44-45).

Reflexión

El odio es cruel, dulce el amor. Perdona los que te ofenden. No trates de vengarte. El perdonar es de corazones grandes, mientras que la venganza es de corazones ruines. La venganza es el placer de las almas bajas y pequeñas.

El odio excita disputas y pleitos, desune a las familias. «Vengarse no es acto de fuerza, sino de debilidad y abyección; el que aborrece y se venga, no es victorioso, es vencido por su enemigo» (S. Ambrosio).

Todas las pasiones indómitas: ira, envidia, soberbia, avaricia, etc., pueden dar ocasión al odio. Caín dejó penetrar en su corazón el odio contra su hermano Abel y lo

mató. ¡A qué excesos no se vieron arrastrados por el odio los hermanos de José. Primero quisieron matarle; luego le echaron en un pozo y acabaron por venderle como esclavo, llenando así de pesares y de dolor la venerable vejez de su padre, el patriarca Jacob.

El odio es una espada de dos filos... Queremos matar y nos matamos. Es una gran locura. Es la historia del cruel Amán...

31. Evita la ira

«El iracundo promueve contiendas, el que tarde se enoja aplaca rencillas (Prov. 15,18). Mejor es el ánimo calmo que el irascible. No te apresures a enojarte, porque la ira es propia de los necios (Ecl. 7,8).

El tardo a la ira es prudente, el pronto a la ira hará muchas locuras (Prov. 14,29). La envidia y la cólera abrevian los días, y los cuidados traen la vejez prematura (Eclo. 30,26).

La respuesta suave quebranta la ira; mas una palabra áspera enciende la cólera (Prov. 15,1). La palabra dulce multiplica los amigos y aplaca a los enemigos

(Eclo. 6,5). El rencor y la cólera son detestables, el hombre pecador los guarda en el corazón (Eclo. 27,35).

Reflexión

La ira es un apetito desordenado de venganza. La ira es un gran mal... es una gran fiera que puede domarse. La ira origina disputas, querellas, injurias, maledicencias, calumnias, juramentos, blasfemias...

«La ira destruye el encanto de la sociedad, rompe la concordia, quita la luz de la verdad y hace desaparecer el brillo que el Espíritu Santo derrama en el alma» (S. Greg. Magno).

Es preciso considerar la fealdad de la ira, porque ella hace perder el uso de la razón... Plutarco invita al hombre enfurecido a que se contemple en un espejo y en su conducta: viendo que sus rostros y sus acciones se parecen a los de un frenético, tendrá aversión a la cólera y la evitará. El hombre sabio y cuerdo, dijo Platón, se conoce en que cuando lo vituperan, no se enfada, y cuando lo alaban, no se enorgullece; pero el insensato es esclavo de la cólera. Las

causas de la ira son: la pérdida de la fe, la mala educación, el orgullo.

32. Los males de la soberbia

«No te ensoberbezcas en tu corazón... porque en el orgullo está la perdición y el desorden (Tob. 4,10). No te dejes llevar de la soberbia. La soberbia es odiosa a Dios y a los hombres... ¿De qué te ensoberbeces polvo y ceniza? El principio de la soberbia es apartarse de Dios y alejar de su Hacedor su corazón, porque el principio de todo pecado es la soberbia (Eccl. 10,6-15).

Dios resiste a los soberbios y a los humildes da la gracia (1 Ped. 5,5). Si alguno se imagina ser algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña (Gál. 6,10). No permitas que la soberbia domine en tus pensamientos y palabras; la soberbia es el principio de todos los males (Tob. 4,14).

¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿de qué te glorias como si no lo hubieras recibido? (1 Cor. 4,7).

Reflexión

La soberbia es un apetito desordenado de la propia excelencia, es decir, es no estimar a los otros y querer ser preferido a ellos.

La soberbia es raíz de todos los pecados. De ella nacen la jactancia, la vanagloria, la ambición, la presunción, la hipocresía, la pertinencia en los juicios y el desprecio a los demás.

Hay siete pecados o vicios que llamamos «capitales», porque son cabeza, fuente o raíz de todos los demás pecados. Todos estos siete vicios constituyen cierto ejército infernal, cuyo jefe es la soberbia.

El orgullo es el vicio opuesto a la virtud de la humildad, el cual «es la señal evidente de reprobación» (S. Greg. M.).

Del orgullo nace el desprecio de los pobres, la codicia del dinero, el amor del dominio y deseo de gloria. El orgulloso no puede sufrir ninguna prueba de ninguna parte que venga, ni de los superiores, ni de los inferiores (S. J. Crisóstomo).

33. Guardaos de toda avaricia

«Guardaos de toda avaricia, porque aunque se tenga mucho, no está la vida —la felicidad— en la hacienda» (Lc. 12,15).

Los que quieren ser ricos caen en la tentación y en los lazos del demonio y en muchos deseos inútiles y perniciosos que precipitan a los hombres en el abismo de la perdición y de la condenación. La avaricia es la raíz de todos los males; hace perder la fe y nos arroja en medio de grandes dolores (1 Tim. 6,9-10). Los avaros no poseerán el reino de Dios (1 Cor. 6).

(El avaro en su locura) «amontona tesoros e ignora para quien los reúne» (Sal. 139,7). Dejará sus riquezas a extraños y no le quedará más que el sepulcro (Sal. 49,11).

«¡Insensato! esta noche te arrancarán el alma y todo lo que estás acumulando ¿para quién será? (Lc. 12,20). El que se impone privaciones amontona para otros y con sus bienes se darán buena vida... Nadie más necio que el que para si mismo es tacaño, y lleva ya en eso su castigo (Eccl. 14). No te empeñes en hacerte rico y pon coto a tus maquinaciones (Prov. 23,4).

Reflexión

La avaricia es un grave pecado, por cuanto la Escritura Santa dice: Ni los avaros poseerán el reino de Dios (1 Cor. 6,10).

La felicidad no se halla en las riquezas, sino en la virtud. «No se encierre vuestra alma en un vil metal, elévese, al contrario, al cielo» (S. Jer.).

La avaricia, pecado capital, es fuente de muchos pecados, pues de él depende la dureza de corazón, la inquietud, el engaño, la traición... Las riquezas producen inquietud y son causa de desórdenes, impurezas e injusticias.

La fiebre del dinero es la idolatría de todos los tiempos. En vez de buscar a Dios, se busca uno a sí mismo en las riquezas, en los honores y en los placeres. Las riquezas en sí no son malas, pues se pueden hacer muchos bienes con ellas. El rico epulón se condenó, no por ser rico, sino por hacer mal uso de las riquezas.

«Ser avaro no es sólo amar el dinero, sino perseguir algo con inmoderado ardor. Quienquiera que desee más de lo que necesita es avaro» (S. Agustín).

«¿Os inquietan los tesoros? Dadlos a los

pobres, y los volveréis a encontrar, donde están completamente seguros» (S. Agustín).

34. Valor de la limosna

«Según tus facultades haz limosna, y no se vayan tus ojos tras lo que des. No apartes tu rostro de ningún pobre, y Dios no los apartará de ti. Si abundas en bienes, haz de ellos limosna, y si estos fueren escasos, según esa tu escasez no temas hacerla. Con esto atesorarás un depósito para el día de la necesidad, pues la limosna libra de la muerte y preserva de caer en las tinieblas; y es buen regalo la limosna en presencia del Altísimo, para todos los que la hacen» (Tob. 4,7-11).

Da de tu pan al hambriento y de tus vestidos al desnudo. Todo cuanto te sobrare dalo de limosnas... Mejor es dar limosna que acumular tesoros, pues la limosna libra de la muerte y limpia de todo pecado (Tob. 7 y 12,4ss).

Cuando des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace la derecha, para que tu limosna sea oculta, y el Padre que ve lo oculto, te premiará (Mt. 6,2-4).

El que da al pobre no conocerá pobreza...; el que da al pobre, presta al Señor, y el Señor centuplicará sus bienes (Prov. 28,27).

Reflexión

La Sagrada Escritura recomienda con frecuencia la limosna al pobre: «No apartes tu rostro de ningún pobre, parte tu pan con el hambriento, vestid al desnudo... No mires con malos ojos a tu hermano pobre... (Dt. 15, 7-11).

Hay varias maneras de dar: *dar simplemente* para salir del paso, sin mirar alguna sobrenatural; *dar negando*: te doy esto que no debía dártelo, y *dar-dando*, o sea, con alegría y satisfacción de poder prestar un servicio, es dar dos veces.

San Agustín afirma que el rico no puede salvarse sin la limosna. Lo supérfluo del rico pertenece al pobre; el que lo guarda, guarda lo que no es suyo».

Dios en este mundo padece frío y hambre en la persona de todos los pobres, pues Él mismo dijo: «Cada vez que lo hiciste a uno de estos mis hermanos, a Mi me lo hi-

cisteis». ¿Cómo somos nosotros que, cuando Dios nos da, queremos recibir y cuando nos pide no le queremos dar? Porque cuando un pobre pasa hambre, es Cristo quien pasa necesidad, como dijo Él mismo: «Tuve hambre y no me disteis de comer...».

35. Vive siempre alegre

Vivid siempre alegres... Alegraos siempre en el Señor, os lo repito, vivid alegres (Fil. 4,4). La alegría alarga la vida de los hombres (Eclo. 30,25).

Estad siempre gozosos (1 Tes. 5,16). Servid al Señor con alegría (Sal. 100,1). Gloríaos en su santo nombre. Alégrese el corazón de los que buscan a Yahvé (Sal. 105,3)

La alegría del corazón es un perenne banquete... Rostro radiante alegra corazones (Prov. 15,15 y 30). Dios ama al que da con alegría (2 Cor. 9,7). Anímate y alegra tu corazón. Echa de ti lejos la tristeza, porque a muchos mató la tristeza y no hay utilidad en ella (Eclo. 30,24-25).

La tristeza es para el corazón lo que la polilla para el vestido y gusano para la madera (Prov. 25,20).

Reflexión

Hay dos clases de alegría: La alegría buena y sana que lleva paz al alma y regocija el corazón, alegría «en el Señor», alegría estable..., propia y exclusiva de las almas que viven en gracia de Dios y hay otra alegría vana y pasajera del mundo, la alegría falsa.

La verdadera alegría no te vendrá de fuera, o sea, de bailes, de cines u otras diversiones profanas, sino que te saldrá de dentro, de tu alma, si vives en gracia... «Ten buena conciencia y siempre tendrás alegría» (Kempis).

La dicha consiste en darla. Jesucristo dijo: «Hay mayor dicha en dar que en recibir» (Hech. 20,35).

San Francisco de Sales dijo: «La tristeza sienta bien al diablo y a sus miembros, a nosotros nos cuadra la alegría en el Señor».

La verdadera alegría no está reñida con la piedad ni con la mortificación, y así decía el mismo S. Fco. de Sales: Un santo triste es un triste santo», y San Felipe Neri: «Tristeza y melancolía fuera de la casa mía».

Para echar lejos de ti la tristeza limpia

el alma de todo pecado. La alegría nace de corazones puros.

El que vive alegre en el Señor, sabe conformar su voluntad con la de Dios en las desgracias...

36. No pierdas la juventud

Lo que no se siembra en la juventud, no se recoge en la vejez (Eccl. 25,5). Alégrate, joven, en tu mocedad y alégrese tu corazón en los días de tu juventud, y si sigues los impulsos de tu corazón y los atractivos de tus ojos, ten presente que de todo esto te pedirá cuenta Dios. Echa la tristeza fuera de tu corazón y tente lejos del dolor, porque mocedad y juventud son vanidad (Eccl. 11,8-11).

Instruye al niño en su camino, que aun de viejo no se apartará de él (Prov. 22,6). La fortaleza es gloria de los jóvenes; el ornamento de los ancianos es la canicie (Prov. 20,29).

Reflexión

¿Qué será de este joven el día de mañana? Un niño es siempre un acertijo. La solución... *mañana*. (Gar-Mar). Haz fecunda la edad de tu vida. Ten presente que tu juventud pasa como la flor. ¡Juventud es primavera, que pasa y no vuelve más!

El presente de la juventud es el porvenir de la patria. ¡Joven! no seas holgazán; aprovecha bien el tiempo para adquirir ciencia y santidad. El trabajo es virtud.

Debes saber cortar ciertas amistades y diversiones a tiempo y santificar tus conversaciones. Que Cristo *viva* en tus diversiones. Cristo nos dice: YO soy la Vida, el pan de vida... Acércate a Él fuente de vida para no morir a la vida de la gracia.

Cuatro cosas hacen principalmente que la juventud sea la edad más expuesta a los peligros: 1) La juventud es muy débil e inclinada al mal; 2) es ignorante y sin experiencia; 3) se corrige difícilmente, 4) es muy inconstante en el bien... y por lo mismo necesita sigan los consejos de los padres y ancianos...

Los jóvenes que viven cristianamente admiran a las chicas castas, y jamás las se-

ducen... La joven es «reina» por el dominio de sus sentidos, por el adorno de su pureza y debe vigilar para que no se convierta en esclava.

¡Jóvenes no perdáis vuestra juventud!... Servid al Señor desde vuestros primeros años.

37. Valor de la virtud de la castidad

«¡Oh, qué bella es una generación casta con esclarecida virtud. Inmortal es su memoria y llena de honor ante Dios y ante los hombres» (Sab. 4,1).

Glorificad y llevad a Dios en vuestro cuerpo (1 Cor. 6,20). ¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros que habéis recibido de Dios y que no os pertenece a voisotros mismos? (1 Cor. 6,18).

No apaguéis en vosotros el Espíritu Santo (por el pecado mortal) (1 Tes. 5,19). Jesús dijo: No todos entienden esto (la decisión de ser vírgenes), sino aquellos a quienes ha sido dado. Porque hay eunucos (esto es, inhábiles e impotentes para el matrimonio), que se hicieron tales a sí mismos por

amor al reino de los cielos. El que se sienta capaz de este don, ¡adelante! (Mt. 19,11-12).

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mt. 5,8).

Reflexión

La castidad es una joya de inestimable valor, fuente de hermosura, de alegría, de paz, y a su vez promotora de obras de celo y apostolado.

«La castidad» es una belleza vieja siempre nueva, el mejor medio y método para «divinizar» la vida (S. Greg. Niseno).

La castidad es la azucena de las virtudes y hace a los hombres casi iguales a los ángeles (S. F. de Sales).

El vencimiento de los pecados torpes proporciona salud espiritual al alma y salud corporal. La pureza ennoblece el espíritu, aclara la inteligencia, eleva la mente, acerca a Dios y con ella no hay dificultades ni problemas. La verdadera alegría nace de corazones puros.

La virginidad es la flor de la castidad y «es una virtud por la que se toma una reso-

lución libre y voluntaria de abstenerse para siempre del matrimonio y de los placeres de la carne, por un servicio más lleno a Dios y al prójimo» (Sacra Virginitas. Pío XII).

En el mundo actual, que se va caracterizando por la falta de fe, hay muy poca estima de esta gran virtud, mas es necesario reconocer que la pureza es el encanto de la infancia y la que embellece nuestra existencia.

Medios para conservar la castidad: Venimientos, oración, devoción a la Santísima Virgen, huida de ocasiones, apartarse de personas cuya presencia es una tentación, el trabajo evitando la ociosidad y frecuencia de sacramentos.

38. Valor de la oración

«Es preciso orar siempre y no desfallecer» (Lc. 18,1). Orad sin intermisión (1 Tes. 5,17). Pedid y recibiréis... (Jn. 16,24). Todo cuanto pidiérais en la oración, como tengáis fe, lo alcanzaréis (Mt. 21,22). Y la confianza que tenemos en Él, es que si pedimos alguna cosa conforme con su voluntad, Él nos oye (1 Jn. 5,14).

Mucho vale la oración perseverante del justo (Sant. 5,16). El Señor está cerca de los que lo invocan de veras (Sal. 145,18). En verdad os digo que si dos de vosotros convinieréis sobre la tierra en pedir cualquier cosa, os lo otorgará mi Padre, que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos (Mt. 18,19-20).

Reflexión

Hablar con Dios, conversar y tratar íntimamente con su divina Majestad, amarle, suplicarle, pedirle bienes y darle gracias. He aquí lo que es oración.

No hay durante toda la vida del hombre tesoro comparable con la oración (San Efrén). Así como el cuerpo vive con alimentos materiales, el alma debe alimentarse con las divinas enseñanzas: la lectura de la Biblia, la meditación y la oración (S. Agustín).

Para aprender a orar, ponte en la presencia de Dios y háblale. ¿De qué? De tus cosas, de tus necesidades, de tus tentaciones y preocupaciones... Pídele gracias para ser

mejor. No seas ingrato por tantos bienes recibidos. Da gracias a Dios «porque es bueno, porque es eterna su misericordia».

¿Cómo orar siempre y en todo momento? San Basilio contesta: El que se porta bien, ora sin cesar, su vida es una continua oración». La oración es la respiración del alma... «Para los santos, el mismo sueño es oración» (S. Jerónimo). La oración es para el alma lo que el agua para el pez, lo que el sol para la naturaleza, lo que el aire para los pulmones... (S. J. Crisóstomo).

El que ora se salva, el que no ora se condena (S. Alf. M.^a de Ligorio). Debemos orar con atención, humildad, confianza y perseverancia... y ante todo con fe viva, como la hemorroisa: «*Alguien* me ha tocado...». *Alguien* ora con fe...

39. No seas perezoso

«La pereza trae sueño y el haragán hambre (Prov. 19,15). La ociosidad enseña muchas maldades (Eccl. 35,29). El que se abandona a la ociosidad es un insensato (Prov. 12,1).

Ve, oh perezoso a la hormiga, mira sus

caminos y hazte sabio..., se prepara en el verano su mantenimiento, reúne su comida al tiempo de la mies... Ve a la abeja, y aprende cómo trabaja y produce rica labor... ¿Hasta cuándo, perezoso, dormirás, cuándo despertarás de tu sueño? (Prov. 6,6-11).

El perezoso quiere y no quiere (Prov. 13,4). Maldito el que hace la obra de Dios con fraude y negligencia (Jer. 48,10). Todo perezoso está siempre en la miseria (Prov. 21,5).

Reflexión

El retrato del perezoso que pasa todo el día sin hacer nada, lo hallamos en aquellas palabras: ¿Cómo es que estáis aquí todo el día ociosos? (Mt. 20,1s).

El perezoso se hace indigno de la existencia y como árbol sin fruto hay que decir: ¿Para qué ocupar terreno en balde?...

Los que se limitan a decir: *querrían* ser sabios o santos, son los que en realidad no quieren por no poner los medios para serlo. ¡Cuántos santos en futuro, pero pecadores en realidad!

Todo árbol que no da buen fruto será cortado y echado al fuego. La ociosidad, dice el adagio, es madre de todos los vicios.

«Como una tierra que no ha sido sembrada ni plantada, produce toda clase de malas hierbas, así el alma que no tiene nada que hacer se entrega a actos de depravación» (S. J. Crisóstomo).

La ociosidad es la pérdida de la hora que pasa y no vuelve... La ociosidad produce la afeminación de la carne, engendra el orgullo... El agua que no corre, se corrompe.

El tiempo actual es tiempo de trabajo. La eternidad será el día del descanso y premio eterno. «El hombre recogerá en su vida lo que haya sembrado» (Gál. 6,7-8).

40. Sé amante del trabajo

El hombre ha nacido para el trabajo, como el ave para volar (Job 5,7). El que labre la tierra tendrá pan abundante (Prov. 28,19).

No hemos vivido entre vosotros en ociosidad... y mientras estuvimos entre vosotros, os advertimos que «el que no quiera trabajar que no coma» (2 Tes. 3,7 y 10). La mano

perezosa empobrece, la diligente enriquece (Prov. 4).

Jesús, el hijo del carpintero (Mt. 13,55); vino a Nazaret y les estaba sujeto a ellos (a José y a María).

Pasé junto al campo del perezoso y junto a la viña del insensato, y todo eran cardos y ortigas que habían cubierto su haz... A su vista me puse a reflexionar; aquello fue para mí una lección.

Reflexión

El trabajo es una ley *universal* que pesa sobre la humanidad, y es una ley *penal* impuesta por Dios como castigo del primer pecado: «Con el sudor de tu rostro comerás el pan todos los días de tu vida»... (Gén. 3,19).

«El que labre la tierra tendrá pan abundante (Prov. 28,19) y el que estudia, máxime los Libros Santos, será sabio y también santo si practica las virtudes y rectos consejos que ellos inculcan.

«Yo voy al trabajo y allí encuentro el descanso» (Isidoro de Scete). El trabajo es una ley *santificadora*, una ley preservadora

del mal, pues si el trabajo no nos ocupa, nos ocupará la ociosidad, manantial y origen de todos los vicios.

Somos seguidores de Cristo, y Él nos enseñó con las parábolas de los talentos y de los obreros de la viña a no estar ociosos, y especialmente nos enseñó con su ejemplo la obligación del trabajo, pues fue ¡el obrero de Nazaret! al lado de San José y «todo lo hizo bien» (Mc. 7,37).

Los Padres de la Iglesia inculcan frecuentemente que amemos el trabajo, porque éste ennoblece, fortifica el cuerpo y el alma, excluye los vicios y hace germinar las virtudes: La inocencia, la paciencia y la fuerza: «Ocupaos siempre en algo para que el demonio os encuentre siempre ocupados, pues el perezoso está lleno de malos deseos» (S. Jerónimo).

El aburrimiento es una enfermedad, cuyo remedio es el trabajo. Si no tienes un plan de vida, nunca tendrás orden.

41. Evita el escándalo

Jesús dijo a sus discípulos: Es inevitable que haya escándalos; sin embargo, ¡ay

de aquel por quien vengan! Mejor fuera que le atasen al cuello una cuerda de molino y le arrojasen al mar antes que escandalizar a uno de estos pequeños (Lc. 17,1-2).

¡Ay del mundo por los escándalos, porque no puede menos de haber escándalos (dada la malicia del mundo), pero ay de aquel por quien viniera el escándalo. Si tu mano o tu pie te escandaliza, córtatelo y échalo de ti, que mejor es entrar en la vida manco o cojo que con manos y pies ser arrojado en el fuego eterno (Mt. 18,7-9).

Los pies (de los escandalosos) corren tras el mal y se dan prisa a derramar sangre inocente. Sus pensamientos son pensamientos de iniquidad y a su paso dejan el estrago y la ruina (Is. 59,7).

¿No sabéis que un poco de levadura hace fermentar toda la masa? Alejad la vieja levadura para ser masa nueva (1 Cor. 5,6-7).

Reflexión

Jesucristo considera el escándalo como un pecado enorme. Esto lo indica la expresión: ¡Ay del hombre...! Pecado ciertamen-

te diabólico y satánico que impide la gloria de Dios y la salvación de las almas.

El escándalo «es una palabra, una acción o una omisión que carece de rectitud y causa la ruina al prójimo» (Santo Tomás).

El escándalo es un mal ejemplo que arrastra a otros al mal, y puede producirse con palabras, con malos escritos, pinturas indecentes, actos de ira, de impureza, omisión de sacramentos, etc. Un padre vg. que se embriaga, que blasfema, que no va a Misa..., es ocasión de que sus hijos blasfemen y no cumplan con las leyes de Dios y de la Iglesia.

¡Ay del que causa el escándalo! ¡Ay del que es causa que otras almas pierdan la inocencia y sean ocasión de pecados ajenos... Grande fue el crimen de Caín, pero mayor el del escandaloso que mata el alma con malos ejemplos... «Un poco de levadura hace fermentar toda la masa». Un solo maestro de vicios basta para corromper a un pueblo (Rojas).

«La cobardía de los buenos hace a los malos valientes» para el mal... El escándalo lo debemos reparar con relación a Dios, mediante el arrepentimiento y la penitencia; y respecto al prójimo con el buen ejemplo.

42. Vence el respeto humano

«Quien se avergonzare de Mi y de mis palabras, dice Jesucristo, de él se avergonzará el Hijo del hombre, cuando venga en su gloria y en la del Padre y de los santos ángeles (Lc. 9,26).

A todo el que me confesare delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos... (Mt. 10,32-33).

Si aún buscase agradar a los hombres, no sería siervo de Jesucristo (Gál. 1,10). Yo no me avergüenzo del Evangelio (Rom. 1,16).

Reflexión

El respeto humano es un miramiento excesivo a lo que los hombres juzgarán o dirán de nosotros, de nuestras palabras o acciones.

El respeto humano es una bajeza y una locura. ¿Por qué avergonzarse de hacer una obra buena, o sea de lo que debiéramos avergonzarnos ante Dios?

Nada degrada, envilece y deshonra al

hombre como el respeto humano. El respeto humano es uno de los grandes obstáculos para ser virtuosos, y es necesario combatirlo.

El respeto humano es esclavitud, cobardía y debilidad de carácter. ¡Cuántos obran así: ¿qué dirá o qué pensará si hago o no tal cosa? Muchas injusticias se cometen por complacer a otros, vg. el perverso rey Herodes Agripa advirtiéndole que había dado gusto a los judíos en quitar la vida a nuestro patrono el apóstol Santiago, para complacerse más con ellos mandó poner en la prisión al apóstol San Pedro con intención de mandarle quitar la vida al arbitrio del pueblo luego que pasase la Pascua (Hech. 12).

También el apóstol Pedro cayó ante el temor de una sirvienta en la Pasión del Señor. Tal es la debilidad y cobardía del respeto humano. Hemos de pisotearlo y seguir la conducta de San Pablo: «Yo no me avergüenzo del evangelio».

43. Valor del Catecismo... Catequesis

«Los pequeñuelos piden el pan (de la

doctrina cristiana) y no hay quien se lo reparta (Lam. 4,4). Dejad que los niños se acerquen a Mi, porque de ellos es el reino de los cielos (Lc. 18,16).

Id, pues, y enseñad a todas las gentes... enseñadles a observar cuanto Yo os he mandado (Mt. 28,19-20).

La fe viene por el oído y al oído llega por la palabra de Dios (Rom. 10,17). Predicad el Evangelio... el que lo creyese y fuese bautizado se salvará (Mc. 16, 15-16).

Vosotros, padres..., educad (a vuestros hijos)... instruyéndoles según la doctrina del Señor (Ef. 6,4).

Reflexión

¡Catequesis, catequesis, catequesis, ! Esta expresión se la oí repetir a un obispo que habló de la pérdida de la fe que se notaba en su diócesis en varios sectores, señalando así el medio de avivar la fe en el pueblo de Dios por medio de una catequesis apta a los niños y a los mayores.

La ignorancia de nuestro pueblo sobre las verdades eternas reveladas por Dios es grandísima y se impone su enseñanza por

medio del Catecismo.

El «Catecismo» es el resumen de la doctrina enseñada por Jesucristo, que todo cristiano debe saber y practicar. En sí es un libro pequeñito, pero muy grande por su contenido. El es el compendio de la Sagrada Teología y de la Escritura Santa o revelación divina, o sea, de la doctrina predicada por Jesucristo. Y si la fe viene por el oído, es necesario que el catecismo o compendio de las verdades reveladas que se han de creer, lleguen de un modo apto al conocimiento de los niños y de cuantos las ignoran.

El Catecismo debe ser el alma y el corazón de todas las parroquias, pero el Catecismo estudiado, enseñado y vivido.

El gran Pontífice San Pío X en su encíclica «Acerbo nimis», después de hablarnos de las grandes utilidades características de la catequesis, dice que si languidece y está como muerta nuestra fe, es porque la obligación de enseñar la Doctrina Cristiana o se cumple con negligencia o totalmente se descuida. Este Papa también dijo: «La salvación de la Iglesia no está en los catecismos, sino en los Catecismos *bien organizados*».

El regalo de Manzoni: Un joven le pidió un libro que le guiase en el camino, no del arte, sino de la vida. El insigne escritor le entregó un Catecismo diciéndole: «He aquí el mejor libro para que aprendas a vivir».

44. La vocación religiosa

Jesús se fijó en un publicano llamado Leví (=Mateo) sentado en su oficina de tributos, y le dijo: ¡Sígueme! y él dejándolo todo, se levantó y le siguió (Lc. ,27-28). Y les dijo: Venid en pos de Mi, y os haré pescadores de hombres (Mt. 4,19). Jesús llamó a sus discípulos y escogió de entre ellos a doce, a los que llamó apóstoles (Lc. 6,13).

No me habéis elegido vosotros a Mi, sino que Yo os elegí y os destiné para que vayáis y déis fruto y vuestro fruto dure... (Jn. 15,16).

El sacerdote es entresacado de los hombres para bien de los mismos hombres en las cosas que miran a Dios (Heb. 5,1).

Yo os exhorto... a andar de una manera digna de la vocación con que fuisteis llamados (Ef. 4,1).

Esforzaos en asegurar cada día más y más vuestra vocación y elección por medio de vuestras buenas obras (2 Ped. 1,10).

Reflexión

La vocación es un llamamiento que Dios hace a las almas de diversas maneras y las llama a cierto estado de vida. (Los diversos estados de vida son: el sacerdotal, el religioso o estado de virginidad en el claustro o en el mundo y el matrimonio.)

Los medios ordinarios para conocer nuestra vocación son: *Disposición* (condiciones físicas y morales); *intención recta* (el logro de la perfección) y *atractivos manifestos... inclinaciones constantes*. En caso de duda consultar a personas sabias y experimentadas...

La vocación es consecuencia de la elección... Dios escoge y luego llama. Dios nos previene para llamarnos y nos acompaña para glorificarnos (S. Agustín). Jesús llamó y eligió a doce de entre sus discípulos, «llamó a sí a los que quiso» (Mc. 3,13) esto es, a los que vio más aptos para el apostolado.

Notemos que también Saúl, Judas y

otros fueron segregados y escogidos por Él y terminaron siendo reprobados. ¡Qué gran misterio! Nadie debe confiar en sí. Dios llama y elige, pero cada uno debe cooperar a ese llamamiento con fidelidad, y por eso el apóstol dice: *Esforzaos en asegurar cada día más y más vuestra vocación y elección con buenas obras...*

45. La virtud de la perseverancia

«El que perseverare hasta el fin, se salvará (Mt. 24,13). Sé fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida (Apoc. 2,10). Conviene siempre orar y no desfallecer (Lc. 18,1).

Todos estos (los apóstoles) perseveraron unánimes en la oración con algunas mujeres y María, la Madre de Jesús... (Hech. 1,14). Fructificad como los rosales plantados cerca de las aguas (Eccl. 39,17).

El Dios de la paz os haga santos en todo, a fin de que vuestro espíritu entero, con alma y cuerpo, se conserven sin culpa para cuando venga nuestro Señor Jesucristo (2 Tes. 1,11).

Reflexión

Jesucristo, nuestro modelo nos dio ejemplos maravillosos de esta virtud. El perseveró hasta el fin de su vida en la práctica de todas las virtudes: Fue obediente hasta la muerte..., oró y ejercitó la caridad hasta el momento de expiar en la cruz, y aconsejó la oración perseverante: «conviene siempre orar y no desfallecer».

Nuestro deber es imitarle y orar para perseverar en la vida de a gracia, para vencer las tentaciones. Sin la constancia ninguna virtud es grande. Empieza y continua. No digas: «Yo empezaré cuando empicen otros». Y si todos se echan esas cuentas, nunca nadie comenzará.

«Una piedra cuadrada, dice San Agustín, no se tambalea; como aquella piedra estad prontos a sostener todas las tentaciones, y por más esfuerzos que se hagan para derribaros, mostrad firmeza en la perseverancia. Que toda clase de ataques os halle inquebrantables» (Lib. de Morib.).

«Bienaventurados los que, no contentándose con lo que han hecho, cada día se renuevan y adelantan como el apóstol, porque la justicia cesa para el justo el día que

se detiene en el camino. Comenzar no basta; es preciso concluir» (S. Jerónimo).

Para perseverar es necesario trabajar e ir en la presencia de Dios cumplir exactamente su santa ley, amarle con todo nuestro corazón, tender cada día y siempre a obrar mejor... y ante el confusionismo de ideas, lo mejor es unirse fuertemente a la inmóvil piedra de la Iglesia católica, apostólica y romana.

«Perseverad para ser coronados» (S. J. Crisóstomo).

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	3
1. Dios nos ha señalado un fin.....	5
2. Somos futuros ciudadanos del cielo	7
3. Vivamos con la esperanza del más allá	9
4. Conozcamos a Dios, nuestro último fin	11
5. Glorifiquemos a Dios	13
6. Dios nos ama, y ¿cómo debemos amarle?	15
7. Amor al prójimo	17
8. ¿Quién es Jesucristo?	19
9. Dios es inmenso	21
10. La virtud de la fe	22
11. La virtud de la esperanza	24
12. La virtud de la caridad	27
13. Huye del pecado	30
14. El misterio de la redención	32
15. La virtud de la penitencia	33

16. La gracia santificante	35
17. Ten buena conciencia	37
18. Observa los mandamientos divi- nos	39
19. Emplea bien la libertad	41
20. La ley no pone trabas a la liber- tad	43
21. El problema del dolor	44
22. Sufre con paciencia	47
23. Acuérdate de los novísimos	49
24. Sed misericordiosos	51
25. Haz bien a todos. Sé afable	53
26. Aprovecha el tiempo. La vida es corta	55
27. No mientas ni murmures del pró- jimo	57
28. Valor del silencio	59
29. No seas envidioso	61
30. No odies a nadie	63
31. Evita la ira	65
32. Los males de la soberbia	67
33. Guardaos de toda avaricia	69
34. Valor de la limosna	71
35. Vive siempre alegre	73
36. No pierdas la juventud	75
37. Valor de la virtud de la castidad .	77
38. valor de la oración	79
39. No seas perezoso	81

40. Sé amante del trabajo	83
41. Evita el escándalo	85
42. Vence el respeto humano	88
43. Valor del Catesicmo... Catequesis	89
44. La vocación religiosa	92
45. La virtud de la perseverancia	94